

## CAPÍTULO VIII.

1794—1796.

### SIGUEN LOS APUROS DE LA ADMINISTRACION.

Intrigas de los franceses en el Oeste.—Campana del General Wayne contra los indios.—Oposicion á las leyes.—Insultos á los oficiales.—Washington llama á la milicia.—Actos de los insurgentes.—El ejército se pone en marcha.—Se domina la insurreccion.—Discurso inaugural de Washington en el Congreso.—Censura de las Sociedades democráticas.—Otros asuntos del discurso.—Contestaciones del Senado y de la Cámara.—Procedimientos del Congreso.—Informe de Hamilton referente al crédito público y al aumento de la renta.—Sus proposiciones.—Resultado.—Dimision de Hamilton.—Fin del tercer Congreso.—Juan Jay negocia el tratado con Inglaterra.—Bosquejo del tratado.—El Senado se aviene á rectificarlo.—Un Senador de Virginia lo publica en un diario.—Escitacion.—Reuniones públicas.—Carta de Washington á los notables de Boston.—Observaciones de Sparks acerca del tratado.—Dimision de Randolph.—Tratado de Wayne con los indios.—El tratado con España.—Se firma la paz con el Bey de Argel.—Discurso inaugural de Washington en el Congreso.—Se recomiendan ciertas medidas.—Contestaciones del Senado y de la Cámara.—Mision de Monroe en Francia.—Sus actos.—Adet reemplaza á Fauchet como ministro plenipotenciario.—Contestacion de Washington á su discurso.—Quejas de Adet.—Politica de la Cámara.—Debates.—Oposicion para aprobar las leyes necesarias á fin de llevar á efecto el tratado.—Memorable debate sobre este asunto.—El gran discurso de Fisher Ames.—Arreglo de la cuestion.—Se cierra el Congreso.—Apéndice al Capitulo VIII.—Discurso de Fisher Ames sobre el tratado británico.

Genet, cuya intempestiva y violenta política habia ofendido tanto al Gobierno americano, fué llamado al fin á Francia, sustituyéndole en el cargo Mr. Fauchet, quien llegó á los Estados-Unidos en el mes de febrero de 1794. Este embajador aseguró desde luego que el Gobierno francés habia condenado la conducta de Genet, declarando al propio tiempo que estaba dispuesto á observar la línea de conducta mas aceptable para el Presidente y que estuviese conforme con la política que quisiera seguir con las potencias beligerantes. Por algun tiempo Mr. Fauchet, obró de la manera que habia dicho.

Sin embargo, la influencia francesa comenzó á producir cierto descontento en el Oeste, de tal modo que el aspecto de los negocios fué tomando un carácter alarmante. Los al-

tivos ciudadanos de Kentucky elevaron una representacion al Presidente y al Congreso, referente á la navegacion del Mississippi, en la cual usando un tono tan inoportuno como inconveniente, manifestaban que tenian un derecho natural sobre aquel gran rio, acusando al Gobierno de que, obedeciendo á ciertas influencias, habia privado al pueblo de la parte occidental de lo que constituia su principal elemento de prosperidad. En dicha manifestacion hacianse ciertas alusiones al Congreso y al poder ejecutivo, indicándose embozadamente que podria ocurrir un desmembramiento de la Union, en el caso de no satisfacerse las exigencias de los ciudadanos de Kentucky.

Las dos Cámaras del Congreso, acordaron contestar que estaban convencidas que Was-

hington activaba las reclamaciones de los Estados-Unidos sobre la navegacion del Mississippi de la manera mas eficaz para obtener un buen resultado, y al mismo tiempo se previno al Presidente comunicara á Kentucky el estado en que se hallaban las negociaciones. Pero no satisfechos con esto los reclamantes, porque no era aquel realmente el objeto que se proponian, reunióse en Lexington un considerable número de los principales ciudadanos, los cuales, animados de cierto espíritu hostil, recomendaron al pueblo que se adoptaran nuevas medidas á fin de asegurar lo que ellos llamaban sus indisputables derechos: Marshall da á conocer con la mayor exactitud qué relacion tenian estos derechos con la indigna conducta de Genet y de sus emisarios franceses, é indica tambien qué medidas se tomaron á fin de impedir que se infringiera la neutralidad de los Estados-Unidos con España. Fué necesaria toda la firmeza y energía de Washington, para combatir las violentas pasiones y los desaciertos que pudieron ponerle en un conflicto en aquella critica ocasion.

El general Wayne, nombrado jefe de las fuerzas que habian de operar contra los indios, hizo todos los esfuerzos posibles para negociar la paz, mas como no consiguiera su objeto, abrióse la campana en otoño de 1793, con tanto vigor como lo permitieron las circunstancias. Era demasiado tarde para completar los preparativos necesarios á fin de apoderarse de una vez del territorio de los indios, y por lo tanto, limitóse el general á situar sus tropas, para pasar el invierno, á unas seis millas del fuerte Jefferson, tomando posesion del terreno en que fueron derrotadas las tropas americanas en 1791, y donde mandó construir el fuerte Recovery. Estas posiciones eran muy convenientes para proteger las fronteras.

La dilacion causada por el transporte de víveres, á través de un pais desierto, infestado además de activos enemigos, muy diestros en el sistema de guerrillas, retrasó la campana hasta mediados del verano, pero entre-  
tanto tuvieron lugar varias escaramuzas, en una de las cuales, segun se dijo, habianse visto entre los indios algunos hombres blancos. **1794.**

El dia 8 de agosto llegó el general Wayne á la confluencia de los rios Auglaize y Maumee, en cuyas cercanías se hallan las mas ricas plantaciones de los indios del territorio occidental. La embocadura del Auglaize dista unas treinta millas de un puesto militar que estaba ocupado entonces por los ingleses, y á inmediaciones del cual hallábanse reunidas todas las fuerzas del enemigo, que ascendian, segun supo el general Wayne, á unos dos mil hombres. Las tropas americanas no eran muy inferiores en número y luego se reforzaron con mil cien ginetes de la milicia montada, que llegaron de Kentucky al mando del general Scott.

El dia 15 de agosto se puso en marcha el ejército americano en direccion al Maumee, y el 18 llegó á las cataratas, cerca de las cuales permaneció todo el dia 19, á fin de construir una obra para proteger los bagajes y reconocer la situacion del enemigo. Desde allí pudieron ver que los indios estaban situados ventajosamente en un espeso bosque que se estendia detrás del fuerte de los ingleses.

A las ocho de la mañana del 20, avanzó en columnas el ejército americano, teniendo su flanco derecho protegido por el Maumee. Una brigada de los voluntarios montados, á las órdenes del general Todd, formaba el ala izquierda; la otra, al mando del general Barbee, protegia la retaguardia, y un batallon elegido, cuyo jefe era **1794.**

el mayor Price, iba al frente de la legión. Después de recorrer el espacio de unas cinco millas, el mayor sufrió una nutrida descarga de una parte del enemigo que se había emboscado y tuvo al fin que retirarse.

Los indios habían elegido el terreno con mucho acierto: ocupaban un espeso bosque situado en frente de las obras inglesas y eran dueños de una posición casi inaccesible para la caballería, á causa de los troncos y malezas que cubrían aquel espacio. Los indios se habían formado en tres líneas extendiéndose en ángulos rectos con el río, y su primer tentativa fué envolver el flanco izquierdo del ejército americano.

Después de la primera descarga, la legión se formó en dos líneas, cuyo frente recibió orden de avanzar y atacar á los indios á la bayoneta, encargándose muy especialmente que no hicieran fuego hasta después de dar la primera carga, y que estrecharan á los enemigos á fin de no darles tiempo para cargar de nuevo sus piezas. Notando que aquellos trataban de envolver el ala izquierda de los americanos, dispuso el general que avanzara la segunda línea; la caballería mandada por el capitán Campbell, recibió orden de interponerse entre los indios y el río, á fin de atacar su flanco izquierdo, y entre tanto el general Scott, á la cabeza de los voluntarios de caballería, hacía un considerable rodeo para caer de improviso sobre el ala derecha del enemigo.

Estas órdenes se ejecutaron con energía y prontitud, pero tan impetuosa fué la carga dada por la primera línea de infantería, de tal modo desbarató al enemigo, y con tal rapidez se persiguió á los indios, que solo entró en acción una pequeña parte de la segunda columna y de la caballería de voluntarios. Al cabo de una hora, los indios fueron rechazados á una distancia de dos millas á través

de espesos bosques, habiendo terminado la persecución á un tiro de bala del fuerte británico.

El General Wayne permaneció tres días á las orillas del Maumee frente al campo de batalla, y durante este tiempo, todas las casas y campos de trigo de las inmediaciones fueron reducidas á cenizas; esto dió lugar á que mediase una correspondencia entre el general Wayne y el mayor Campbell, gobernador del fuerte, la cual demuestra que no se rompieron las hostilidades entre estos dos jefes por la prudencia del último, quien pudo oponerse á la quema de los campos que se hallaban al alcance de sus cañones. El día 28 volvió el ejército á Anglaize destruyendo á su paso todos los pueblos y campos sembrados que se encontraban á cincuenta millas del río.

En esta batalla decisiva perdieron los americanos entre muertos y heridos ciento siete hombres contándose entre los primeros, el capitán Campbell, jefe de la caballería y el teniente Towles de la infantería. El general Wayne dió luego las gracias al ejército por su valerosa conducta.

Como quiera que continuase la hostilidad de los salvajes, se procedió á devastar todo su territorio y se levantaron fuertes en el centro de sus plantaciones para evitar que volvieran. La victoria alcanzada por los americanos evitó á los Estados-Unidos una guerra general con los indios (\*).

La resuelta oposición de los condados occidentales de Pennsylvania á satisfacer los impuestos, se convirtió en abierta rebelión, y los recaudadores fueron maltratados cuando iban á cumplir con su deber, hasta el punto de verse espuestos á perder la vida. En el mes de julio de 1794, y cuando el juez del distrito trataba de instruir un proceso

(\*) Véase la *Vida de Washington*, vol. II, págs. 336-40.

con el fin de juzgar á los delincuentes, fué atacado por una fuerza armada que hizo fuego sobre él aunque afortunadamente sin causarle daño alguno. Poco después se

**1794.** apoderó una turba de su persona, y amenazándole con la muerte, le obligó á prometer que no instruiría ninguna causa en el territorio occidental de las montañas del Alleghany. En la mañana del 16, la casa del inspector general Neville, que vivía cerca de Pittsburg, fué también atacada, mas los que la defendían se condujeron con tal arrojo que los sitiadores tuvieron que retirarse. Temiendo un segundo ataque, el inspector se dirigió á las autoridades civiles y militares pidiendo protección, pero se le contestó que la oposición contra las leyes era tal en aquel distrito que no podía concedérsele lo que pedía. Algun tiempo después, en efecto, quinientos hombres armados atacaron la casa del Inspector, quien juzgando imposible resistirse á semejante fuerza y reconociendo que su vida iba á ser sacrificada sin compasión, se ocultó lo mejor que pudo por consejo de sus amigos, no sin haber dejado once hombres de la guarnición de Pittsburg para que trataran de salvar sus bienes.

Los sitiadores pidieron que saliera el inspector y renunciase su cargo, mas habiéndoseles dicho que había huido, exigieron los insurgentes que se les facilitasen todos sus papeles y documentos, y después de parlamentar algunos instantes, rompieron el fuego contra la casa. A los pocos momentos de haber empezado el tiroteo, resultó un hombre muerto, entre los que atacaban, y varios heridos por ambas partes, hasta que al fin se pegó fuego á la casa.

**1794.** El juez y el inspector pudieron escaparse por el Ohio y dando un rodeo llegaron sin novedad á la residencia del Gobierno. Las leyes relativas á los impuestos fueron tam-

bien muy mal recibidas en otros Estados, donde encontraron asimismo una violenta oposición.

Es indispensable que los insurgentes, según dice Pitkin, obraban por consejo de ciertos particulares y sobre todo por instigación de las sociedades democráticas, que existían entonces en la Union.

Todos estos hechos alarmaron, como era natural, al Presidente, y llegó á dudar si la milicia, en caso de llamarla para reprimir la insurrección, obedecería sus órdenes. No había sin embargo mas alternativa que hacer respetar las leyes por medio de la fuerza, y en aquella crítica situación no faltó á ninguno de los deberes que le imponía su cargo.

El decreto del Congreso por el cual se autorizaba el llamamiento de la milicia, prevenía que antes de proceder á este acto, certificase un juez previamente, «que se había faltado á las leyes de los Estados-Unidos ó que se había entorpecido su ejecución por medios demasiado poderosos para que pudiesen contrarestarlos por los procedimientos judiciales.» En dicho decreto disponíase también, que si la milicia del Estado donde ocurrieron desórdenes rehusara prestar su auxilio para reprimirlos, el Presidente podría emplear la milicia de otros Estados.

Obtenida la certificación del juez Wilson discutióse detenidamente el asunto en el Gabinete y habiéndose consultado también al gobernador de Pennsylvania, se acordó nombrar comisionados á quienes se autorizaba para perdonar á los culpables con la condición de someterse. Respecto á las demás medidas, hubo encontradas opiniones: el citado decreto prevenía que antes de recurrir á la fuerza publicase el Presidente una proclama intimando á los insurgentes á que se dispersasen dentro de un plazo prefijado. El Secretario de Estado (y

según parece el gobernador de Pennsylvania (también) opinaban que la misión conciliatoria no debía acompañarse de ninguna medida coercitiva, y los secretarios del Tesoro y de la Guerra, así como también el de Hacienda, no eran del mismo parecer, pues creían que en aquella ocasión se podía, mejor que nunca, probar hasta dónde llegaba la autoridad del Gobierno para imponer respeto á las leyes, y que el emplear una fuerza que hiciese imposible la resistencia, sería una medida tan humanitaria como de buena política. Se alegó asimismo que los condados insurgentes contenían diez y seis mil hombres capaces de tomar las armas, y calculándose que cuando menos siete mil podrían empeñar la acción, creyóse que un ejército de doce mil hombres, era una fuerza suficiente para dominar á los rebeldes.

No dudando ya Washington de la conducta que debía observar, expidió una proclama el 7 de agosto, previniendo á los insurgentes que se dispersaran antes del 1.º de setiembre, é intimando á todas las clases que no ayudasen ó prestaran auxilio á los insurrectos. También encargaba á los oficiales militares y otros funcionarios públicos, emplearan cuantos medios estuviesen á su alcance á fin de impedir los excesos de los revoltosos. En el mismo día se reclamó á los gobernadores de Nueva-Jersey, Pennsylvania, Maryland y Virginia, sus respectivos contingentes de la milicia para formar un ejército de doce mil hombres, el cual se aumentó luego hasta quince mil.

Deseando sin embargo no apelar á las medidas coercitivas hasta apurar todos los medios conciliadores, el Presidente quiso hacer un esfuerzo más, con paternal solicitud, á fin de atraer al buen camino á los ilusos, y en su consecuencia nombró una comisión compuesta de Jaime Ross, Jasper Yates y

Guillermo Bradford, personas notables por su talento y rectitud, para que pasara á conferenciar con los insurgentes, á fin de manifestarles cuán doloroso sería para el Presidente recurrir á la fuerza armada, y que era su más ardiente deseo evitarlo por los medios que le dictaba la humanidad y el cariño á sus compatriotas. Se autorizó á los comisionados para que concedieran una amnistía general, con la condición de que se sometieran á las leyes los revoltosos, y Pennsylvania nombró por su parte otros dos comisionados con el mismo objeto.

Poco antes de esto, y por orden de Bradford, uno de los principales jefes de la insurrección, detuvieron la mala los rebeldes y se apoderaron de cartas interesantes, escritas por personas notables de Pittsburg, en las que se daban detalles acerca de los movimientos de los insurrectos, Bradford mandó que los autores de dichas cartas fuesen desterrados acto continuo de la ciudad, y el pueblo acordó reunirse el día siguiente en Braddock á fin de elegir delegados para formar una convención que debía reunirse el 14 de agosto en Parkinson's Ferry. El objeto era obligar á que dimitiesen su cargo los recaudadores del Gobierno, resistir á la autoridad de los Estados Unidos por la fuerza de las armas, y exigir, por último, que se derogara la ley por la cual se creaban los impuestos.

La convención de los insurrectos se reunió efectivamente el día 14 en dicho punto, presentándose en ella unos 200 delegados. Bradford, intentó influir en la asamblea para que se cometiesen actos ilegales, pero no obtuvo ningún resultado. Eduardo Cooke fué elegido Presidente y Alberto Gallatin secretario; Mr. Marshall, uno de los que asistieron á la reunión, hizo ciertas proposiciones restrictivas que se aprobaron, no sin haber sufrido alguna modificación, Nombróse luego un co-

mité de seguridad, compuesto de sesenta miembros, entre los cuales se eligieron quince para que comunicasen las proposiciones de los comisionados.

Después de la conferencia celebrada en Pittsburg, prometiéndose la amnistía general, con la condición de someterse los insurrectos á las leyes, y el Comité de los quince votó por unanimidad aceptarla en los términos propuestos por el Gobierno, resolviendo luego comunicar al pueblo esta resolución. El resultado dió á conocer que muchos se oponían á que se restableciese la autoridad civil, y los comisionados, al elevar su informe al Presidente, creyeron oportuno advertir, «que tal era el estado de las cosas, que en su concepto, no había probabilidad de llevar á ejecución las leyes sobre los espíritus destilados, y que sería necesario alguna fuerza si se quería conseguirlo, y dispensar á los funcionarios públicos y á los ciudadanos sensatos la necesaria protección.»

Al recibir este informe, el Presidente se vió en la dolorosa precisión de poner en movimiento la fuerza militar, y su segunda proclama, espedita el 25 de setiembre, anunciaba al mundo que se tomaba esta medida en cumplimiento de los poderes concedidos por la Constitución para que se hicieran respetar las leyes. En dicha proclama deploraba el Presidente, que por los errores de algunos ilusos se menoscabara el buen nombre de los ciudadanos de América, asegurando que estaba resuelto á reducir á la obediencia á los revoltosos, en beneficio del país, para que se acataran debidamente las leyes de la nación.

A pesar de haber opuesto algunos obstáculos, la milicia de los diversos Estados se reunió al fin, en cumplimiento de las órdenes del Presidente. Washington en persona inspeccionó las divisiones del ejército confiando

el mando de éste á Mr. Hamilton, quien desempeñó su cometido con el mayor acierto. En el mes de octubre, el ejército, compuesto de dos divisiones, marchó al país donde se hallaban los insurgentes, los cuales no se atrevieron ya á resistir; la mayor parte de ellos se sometieron y se arrestó á varios de los principales jefes. Bradford se escapó trasladándose á los dominios españoles; otros dos cabecillas, Felipe Vigol y Juan Mitchell fueron juzgados por delito de traición, mas aun cuando se les declaró culpables, los perdonó el Presidente. Como medida de prudencia, se dió orden al general Morgan para que permaneciera durante el invierno en el centro del distrito rebelde.

De este modo, el prudente vigor del poder ejecutivo puso fin á una insurrección que amenazaba con mover al Gobierno hasta en sus últimos cimientos (\*). El haberse cometido un acto tan perverso en tiempos de paz y prosperidad, sin que hubiera un motivo justificado para ello, es uno de esos fenómenos políticos que ocurren con frecuencia en el curso de los acontecimientos humanos, y que nunca deben despreciar los hombres de Estado. A los supuestos abusos de que se acusaba al Gobierno; á la violencia con que se opusieron los descontentos á sus medidas, y principalmente á la influencia de las sociedades democráticas, achacaron los amigos del Gobierno el criminal atentado que tuvo

(\*) El crimen de promover la guerra contra el Estado, como dijo muy bien el elocuente Fisher Ames, «produce graves peligros en este país; nuestro Gobierno no cuenta con fuerza armada; subsiste por la supuesta aprobación de la mayoría; y los primeros síntomas de sedición, escitan dudas entre los tímidos, crédulos, ó ambiciosos, que entonces exageran los hechos. Con semejante Gobierno, el peligro real apenas se teme; mas cuando se despliega el estandarte de la rebelión, reúnen á su alrededor hombres de principios desesperados; las columnas del Gobierno oscilan; el edificio se conmueve hasta su base; el pié de un niño bastaría para derribarlo; la mano de un gigante no podría volverlo á levantar.»

por objeto oponerse con las armas en la mano á la voluntad de la nacion. Si aquellos hombres ilusos hubieran creído que la oposicion se reducía á tan estrechos límites, no habrían sido tan locos ó débiles para comprometerse en ella (\*).

Al manifestar Washington su opinion sobre este asunto á sus amigos, les dijo entre otras cosas: «El verdadero pueblo, que se reúne á veces para emitir su parecer sobre ciertos asuntos, no debe confundirse nunca con esas sociedades que constituyéndose arbitrariamente, tratan de usurpar los derechos de las autoridades reconocidas, para influir en la opinion pública. Así como el primero es digno de respeto, las segundas son incompatibles con todo Gobierno, y si no escitan el desprecio público, pueden trastornar al fin el orden establecido.»

El Congreso habia aplazado sus sesiones hasta el 4 de noviembre, pero hasta el 19 no se reunió en el Senado el suficiente número de miembros. Washington dirigió á las dos Cámaras un discurso mas largo que de costumbre, refiriéndose, especialmente, á la insurreccion de Pennsylvania y á las medidas adoptadas para reprimirla. La prontitud con que los ciudadanos habian correspondido á su llamamiento, demostraba, segun dijo el Presidente, que comprendian los verdaderos principios de gobierno y libertad, y «que á pesar de las influencias que se habian puesto en juego para apartarlos de la senda del deber, se hallaban siempre tan dispuestos á mantener la autoridad de las leyes contra

(\*) Mr. Tucker, al hacer sus observaciones sobre esta rebelion, dice lo siguiente: «La facilidad con que se dominó el movimiento que tenia por objeto atropellar las leyes, fué un triunfo y una satisfaccion para los amigos del Gobierno por la prudencia y cordura con que se procedió. La oposicion, sin embargo, criticó que se hubiera desplegado un aparato de fuerza, innecesaria en aquella ocasion. *Vida de Jefferson*, vol. 1, pág. 487.

las invasiones, como á defender sus derechos contra la usurpacion.» Haciendo con estas palabras un elogio á la milicia, añadió despues: «Los ciudadanos se han hecho acreedores á mi reconocimiento, y yo les aconsejo que vigilen para la conservacion de ese precioso depósito de nuestra felicidad y bienestar, que se llama la Constitucion de los Estados Unidos. Cuando con calma y serenidad reflexionen acerca de cuál ha sido el origen y progreso de la insurreccion, comprenderán seguramente que fué promovida por combinaciones de hombres, que sin cuidarse de las consecuencias, y sin tener en cuenta que no siempre es posible dominar una convulsion civil, han querido atropellar las leyes, haciendo injustificados cargos al Gobierno, y sin mas motivo que sus injustos recelos y sospechas (\*).

Habiendo llegado á comprenderse de qué defectos adolecia el sistema de organizacion de la milicia, el Presidente escitó al Congreso á que procediera á su revision, y despues de dar cuenta de las comunicaciones del general Wayne y del estado de los asuntos con los indios, recomendó que se formara un plan para satisfacer la deuda pública, expresándose en estos términos: «En el tiempo transcurrido desde que se organizó nuestro Gobierno, han ido aumentándose nuestros recursos pecuniarios, lo cual nos permite adoptar un plan definitivo para extinguir la deuda pública. El Congreso comprenderá que es importante terminar este asunto sin la menor dilacion, pues ninguna otra cosa pue-

(\*) Jefferson dijo que aquella denuncia contra las sociedades democráticas era un acto extraordinario de osadía, y añadió luego estas palabras: «Es verdaderamente inconcebible que el Presidente se permitiera atacar la libertad de la discusion, del pensamiento y de la imprenta.» Tucker, por su parte, dice que Jefferson se escendió al censurar y aun ridiculizar el discurso del Presidente. *Vida de Jefferson*, vol. 1, págs. 488-89.

de promover con mas eficacia el bienestar del pais, y nada seria mas agradable á nuestros constituyentes.» Refiriéndose á las comunicaciones relativas á la política que se observaba con las naciones extranjeras, añadió el

Presidente: «No estará de más anunciaros que mi política con las demás potencias, se ha reducido principalmente á conservar la paz con todo el mundo; á respetar religiosamente los tratados, á no separarme de la imparcialidad, á explicar claramente lo que pudiera no haberse entendido bien, y á reparar cualquiera injuria inferida á otra nacion, á fin que de este modo estemos en el derecho de exigir, se nos haga justicia á nosotros mismos.» El discurso terminaba con las siguientes espresivas palabras: «pidamos ahora al que rige los destinos de las naciones que dispense su proteccion á los Estados-Unidos, permitiendo que nos sea posible destruir las maquinaciones de los malos, sofocar las sediciones interiores, perpetuar la prosperidad de nuestro pais y hacer que nuestro Gobierno sea la salvaguardia de los derechos humanos.»

La Cámara de Representantes se habia ocupado durante las vacaciones en el arreglo de ciertos asuntos de menor importancia, habiendo dispuesto se formara un Comité para entender en las reclamaciones públicas, y semejante al que ya existia para las elecciones. Despues de oír el discurso inaugural, las dos Cámaras, comenzaron á redactar sus contestaciones, y por espacio de una semana, consagraronse á este asunto todos los debates, siendo evidente que el partido republicano iba perdiendo su fuerza. El punto principal que se discutió, fué el referente á la censura que hizo Washington de las sociedades que atacaban al Gobierno.

La contestacion del Senado, redactada por Mr. King, Mr. Ellsworth y Mr. Izard, ma-

nifestaba su aprobacion con la política del Presidente respecto á las naciones extranjeras, así como tambien su conducta con los insurrectos, y decia entre otras cosas: «La inquietud que nos produjo la resistencia que se opuso á las leyes en los condados de Pennsylvania, se aumentó al tener conocimiento de los actos de ciertas sociedades que atacaban al Gobierno, actos que en nuestro concepto se fundan en un error político y por los cuales se ha tratado de desorganizar el Gobierno, propagando injustos recelos á fin de promover la insurreccion.»

El Senado no hizo la menor observacion respecto á la política del Presidente con las naciones extranjeras, pero combatió el punto relativo á las sociedades democráticas. La contestacion al discurso, sin embargo, tal como la presentó el Comité, fué aprobada sin introducir la menor alteracion.

En la Cámara, Mr. Madison, Mr. Sedgwick, y Mr. Scott, formaron el Comité que debia redactar la contestacion al discurso del Presidente. En el informe que se presentó por dicho Comité nada se decia respecto á las sociedades, ni se hablaba tampoco de la victoria alcanzada por el general Wayne, ni de la política extranjera de Washington; pero no se echó en olvido el sistema favorito de restricciones comerciales y la mision de Juan Jay, criticada por los republicanos. No pudo conseguirse que se aprobara la censura de las sociedades ni la política extranjera del Presidente, y despues de un animado debate, triunfó en la Cámara la oposicion (\*).

Este triunfo sobre el Gobierno, reanimó por un momento la energía de aquellas sociedades turbulentas, pero fué solo por un momento. La opinion pública, así como tam-

(\*) En el *Resumen de los Debates del Congreso*, por Benton, se hallará el debate sobre la contestacion al discurso del Presidente, vol. 1, págs. 532-41.